



HUMILLACIÓN, ODIO Y CRIMEN. MATAR AL ABUELITO

Paula Aramburu
Psicóloga | Prof. Univ. Abierta Interamericana
paula_aramburu@hotmail.com

Bruce Nauman *Life Death Love Hate Pleasure Pain* (1983)

“Y ahora otra vez empiezo a sentir que algo cambia, sin saber qué, sin saber cómo decirlo, sin saber siquiera si algo cambia de verdad, sin saber siquiera si podré o si valdrá la pena decirlo, si es que algo cambia. De ese estado de extrañeza al horror no hay más que un paso.”

Juan José Saer

“Cuando me empecé a lavar las manos... ahí reaccioné”, declara Matías en el Juzgado de Menores. Un par de horas antes, había matado a su abuelo materno de trece puñaladas: cuatro cerca del corazón, y nueve en el tórax, abdomen y región cervical. Las heridas fatales las hizo con un cuchillo que tomó del cajón de la cocina. Cuando en pleno ataque se le partió, continuó con un cortaplumas que siempre llevaba en el bolsillo. Con ese cortaplumas que había pertenecido a su padre le provocó a su abuelo las últimas heridas fatales.

Matías llega a Juntas Especiales en Salud Mental¹ derivado por la Juez de Menores solicitando la evaluación de su estado psíquico y “sugerencias acerca del lugar adecuado para su tratamiento, e institución en la que debería realizar el mismo”.

Se realizaron tres entrevistas con Matías, una entrevista con su madre y su padrastro, y dos entrevistas con el psicólogo de la institución en la que se encontraba alojado provisoriamente. La batería psicodiagnóstica administrada a Matías estuvo compuesta por los siguien-

¹Juntas Especiales en Salud Mental es un dispositivo interdisciplinario creado por el art. 22 de la Ley Provincial de Salud Mental No. 10.772/91, dependiente de la Dirección de Salud Mental del Ministerio de Salud de dicha provincia, integrado por psicólogos, médicos psiquiatras, abogados y trabajadores sociales.

tes tests: Dibujo Libre, HTP, Dibujo de la Familia, Persona bajo la lluvia, Desiderativo y Rorschach.

Los padres de Matías se separan cuando tenía cinco años. Su madre siempre tuvo serias dificultades al momento de transmitir a sus hijos una ley ordenadora. De hecho, refiere haber amantado a sus hijos hasta los cuatro años de edad. Asimismo, tiene serias dificultades para enfrentar la verdad sobre algunos hechos de su historia familiar. Admite que hace años que miente a sus hijos para “evitar que sufran”. Ante cualquier situación conflictiva, la verdad se silencia, se oculta y es reemplazada por una construcción ficcional e inverosímil que intenta sostener sin pensar en las consecuencias psíquicas que esto podría tener para ellos.

Según versiones de Matías y su madre, la abuela materna de Matías -fallecida un año antes del homicidio-, se habría vuelto alcohólica porque no soportaba el encierro al que la sometía su esposo. En cuanto a su abuelo materno -víctima de este hecho- sólo se regía por sus propias leyes, desconociendo cualquier norma o límite que fuera más allá de sí mismo. Ingería grandes cantidades de cocaína y alcohol en forma diaria. Mentía a su familia, insultaba y humillaba a su esposa, hijos y nietos. Los amenazaba con abandonarlos, dejarlos sin casa o echarlos como perros. Creía tener el poder y control sobre todos. Se puede decir que encarnó la figura de un “padre te-

rrible”, arbitrario, absoluto y gozador del malestar o angustia que generaba en todo su entorno familiar.

La madre de Matías se refiere a su hijo como “el nene de la burbuja” a causa de la sobreprotección de la que fue objeto. De sus hijos dice: “son un ovillito”, todos actúan en función del otro; por un lado, se amparan y protegen entre sí, pero por el otro, la singularidad de cada uno se pierde en ese ovillo que conforman. Un ovillo que no será protección suficiente y cuyos hilos comenzarán a enredarse y deshilacharse con el correr de los años.

A lo largo de las entrevistas, percibimos la preocupación de esta madre no sólo por ocultar a sus hijos aquellos hechos que podrían generarles sufrimiento, sino una excesiva preocupación por sus cuidados corporales. Los concibe como una extensión de su propio cuerpo: “A mis hijos no me los tocan, no se los reta, a mí me dolieron, yo los parí”. Matías no puede ser tocado por la voz de su padrastro al momento de necesitar un límite, y tampoco parece ser tocado por la voz del superyó, por una ley que le permita acotar el recorrido de la pulsión que derivará final y trágicamente en el pasaje al acto.

El padre de Matías murió de una cirrosis alcohólica y HIV cuando Matías tenía doce años. Mientras agonizaba, fue a visitarlo al hospital para despedirse, pero al llegar a terapia intensiva escucha a su abuela paterna decir: “yo no sé qué



hace este guacho acá si ni siquiera sé si es hijo de mi hijo". Ante esta humillación que ponía en duda su origen, sale corriendo del hospital. Su padre muere a los pocos días. No pudo despedirse. No fue al velorio. Ni al cementerio. Sin saberlo, todo ello complicaba las condiciones para abrir paso a la elaboración de este duelo.

A partir de la muerte del padre, Matías "cambia completamente". Habiendo sido un buen alumno, repite séptimo grado, ya no le gusta estudiar, comienza a retraerse y encerrarse en su habitación. Sólo escucha música metálica y se viste de negro, lo cual es criticado por sus docentes y compañeros de la escuela.

Si bien sentía una profunda tristeza por la muerte de su progenitor, nunca habló de su dolor con nadie. En el último tiempo no le importaba nada: nada llamaba su atención, no lloraba ni se reía, le daba todo igual, todo era lo mismo. Y aunque podía ver que esto no era normal en él, nunca pidió ayuda a nadie.

Solía aturdirse con música fuerte, ensordecedora, motivo de discusión con su padrastro, quien terminó diciéndole que si no respetaba las reglas de la casa, debía irse a otra parte. Y así lo hizo. Al día siguiente se fue a la casa de un amigo con quien también tuvo inconvenientes. Sin tener un lugar donde dormir, se le ocurrió pedirle alojamiento a su abuelo materno, en cuya casa vivían su hermano mayor y su cuñada, quie-

nes estaban esperando un bebé.

Dice Matías: "mi abuelo no escuchaba a nadie, era una locura, quería manejar a todos, hacía problemas entre todos los miembros de la familia, hablaba mal de sus hijos, mentía, dejó a mi abuela tirada para que se muriera sola en un hospital".

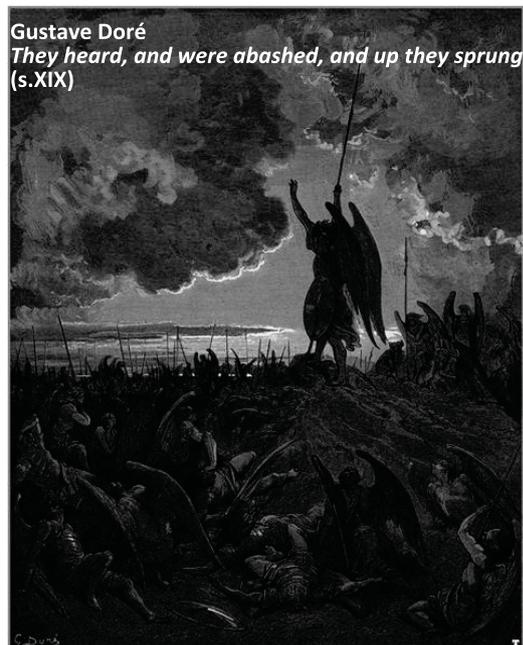
Pocos días antes de que se le pasara por la cabeza la idea de matarlo (idea que en principio rechaza por tratarse de una "locura"), se entera de que su abuelo iba a echar a su hermano y cuñada porque quería vender la casa. ¿Amenaza de abandono que no pudo resistir? ¿Odio cuyo desencadenamiento no pudo controlar?

Cuando el odio y los sentimientos de venganza no se articulan al lenguaje, cuando no se hace un texto, quedando por fuera de la metáfora, de la fantasía, las consecuencias pueden ser fatales. Ya no habrá temor ni culpa que puedan frenar la herida letal de un cuchillo o de una navaja.

Convencido de que para su abuelo "vale todo", y de que nadie sería capaz de ponerle un límite a las intimidaciones y amenazas de las que se valía para someter a su familia, decide hacer justicia por mano propia: frente a las humillaciones y maltratos físicos y psicológicos vividos por su abuela, su madre, tío y hermano, piensa que todos estarían mejor sin su presencia. De esa convicción a la realización de la venganza había un solo paso.



Aquello que se silencia en el núcleo de una familia, se transmite de un modo inconsciente de generación en generación, desconociendo la generación actual las implicancias y repercusiones que puede tener esta verdad oculta para la generación siguiente.



Como al pasar, su madre nos aporta un dato más que significativo: Matías lleva este nombre por el profundo amor que ella siente por su hermano diez años menor:

“mi hermano era mío, mi madre y mi padre siempre lo rechazaron, mi padre le decía ‘hijo bastardo’ porque nació por cesárea, y mi madre le decía que no era su madre, sino que había nacido de una puta que se había acostado con mi padre”.

¿El peso del recuerdo de la humillación sufrida por su tío, habrá tenido la fuerza suficien-

te para determinar y desencadenar la impulsión que lo llevó a matar a su abuelo, poniendo en acto y no en palabras el odio que su tío sentía por su propio padre?

En *Pulsiones y sus destinos*, Freud señala que el yo “(...) odia, aborrece y persigue con fines destructivos todos los objetos que se constituyen para él en fuente de sensaciones displacenteras (...)” (Freud, 1992). El modelo genuino de la relación de odio nace de la lucha del yo por conservarse y afirmarse (pulsiones de autoconservación) y no por frustraciones de la vida sexual. Así, el odio es anterior al amor, proviene de la repulsa primordial que el yo narcisista opone a los estímulos provenientes del mundo exterior el cual le resulta hostil, ya que en un comienzo esos estímulos sólo le aportan placer.

En este caso, interesa asimismo distinguir la “transmisión intergeneracional” -aquello que se aprende directamente de los padres- de la “transmisión transgeneracional”, que se produce entre tres generaciones. Señala Faimberg (2006) que es aquí donde se produce el “telescopaje”, en el cual el sujeto adquiere una información construida en generaciones previas, que será expresada a través de un síntoma que aparentemente no tiene ninguna explicación lógica acorde a la historia del sujeto. La función de este síntoma es denunciar un acontecimiento ocurrido en una generación anterior que se ha mantenido ocul-



to por resultar muy doloroso o vergonzoso (Faimberg, 2006).

Toda familia construye sus pactos inconscientes. Kaës, Faimberg, Enriquez, y Baranes (2006) plantean que existe un pacto denominado “denegativo” o “de negación” como resultado de una alianza que si bien nunca se formula explícitamente, opera en una doble dirección: por un lado, organiza y sostiene el vínculo, por el otro, se erige como mecanismo defensivo ante ansiedades primitivas de devoración del yo por parte del otro.

Parejas, amantes, familias, instituciones construyen este tipo de pacto de un modo inconsciente, condenando a la represión, denegación o repudio, aquello que pone en cuestión los modos en los que se instituye y preserva ese vínculo. Así, uno de los integrantes de la familia podría sentirse obligado a seguir la misma tragedia -producida en una generación anterior- como una cuestión de “destino”, sin saber que está repitiendo una historia que no sólo no le es propia sino que nada de lo que haga podría modificar lo acontecido.

Siguiendo este planteo, un sujeto podría organizar su vida de un modo consciente o inconsciente en torno a un plan de venganza, o bien consumarla en forma concreta y palpable, en nombre de la humillación sufrida por alguno de los miembros de su familia. Son las generaciones futuras las que pagan las deudas de las generaciones que las antecedieron.

Dice la madre de Matías: “Matías actuó por los problemas que mi padre tenía con los demás, no con él”. Dice Matías: “Mi abuelo le hizo muchas cosas malas a mi hermano y a mi tío materno, más que a mí”. Cuando su padrastro lo acompañaba a la comisaría, repetía como una letanía: “lo maté, lo maté, no va a joder más a mis hermanos”.

En la batería psicodiagnóstica administrada se observa en Matías un estilo cognitivo inflexible; disocia de su afectividad todo aquello que pueda perturbar sus emociones. Presenta dificultades para aceptar límites y ajustarse a las figuras que representan autoridad, conducta reforzada por su madre y padrastro, quienes interpretan esta actitud como el modo que tiene Matías de “defender” su personalidad. Se observa un alto montante de ansiedad, vivencia de un mundo peligroso y amenazante del que debe defenderse; disocia lo afectivo de lo racional, ejerciendo un fuerte control que se manifiesta con crudeza.

¿Cómo podía Matías hacer un texto de su odio, su rencor, su bronca? La gran desafectividad que denotaba su discurso así como la distancia que intentaba poner entre el acto realizado y su propia palabra, su voz neutra, sin expresiones de remordimiento ni culpa, impactaban. Sabíamos que en caso de no elaborarse psíquicamente lo acontecido, tanto sus causas como sus consecuencias, algo de este odio y desprecio expre-

Un sujeto podría organizar su vida de un modo consciente o inconsciente en torno a un plan de venganza, o bien consumarla en forma concreta y palpable, en nombre de la humillación sufrida por alguno de los miembros de su familia.

sados por una generación anterior -abuela paterna y abuelo materno- y puesta en acto por la generación actual representada por Matías, podía ponerse en acto nuevamente.

- Teniendo esta posibilidad presente, decido no abstenerme. Y me dirijo a Matías en plural, apelando al "nosotros" para que no se sintiera excluido de estos avatares con los que nos puede confrontar la vida. Nombro la importancia que tiene decir ciertas cosas, por más difícil que sea, por más dolor que nos cause a nosotros mismos o a quienes nos rodean. Nombro la importancia de no callar, de hablar a tiempo, de pedir ayuda cuando uno se siente mal, solo y triste como seguramente él se sintió al morir su papá, al ser rechazado por su abuela paterna y por su abuelo materno. Nombro las consecuencias que suele tener el silenciar tanto dolor, el aguantar e intentar controlar lo que nos excede, eso que va más allá de nosotros. Y retomo sus palabras: "yo aguanto y estallo", apelando al terrible devenir que tuvo ese

aguante y ese estallido tanto para él como para su familia.

Ante estas palabras, su cara se transforma, su mirada se conmueve. Lloro desconsoladamente. Pienso que seguramente tendrá muchas ganas de insultarme, pegarme o levantarse e irse. Pero no lo hace -.

¿Podría haberse evitado este trágico final? No hay forma de saberlo. Sin embargo, si Matías asumía el compromiso que implica enfrentarse a esas verdades que nadie quiere escuchar, quizás su futuro podía tener otra significación para él. Era necesario que Matías encontrara un espacio de contención que le ofreciera los medios adecuados para elaborar esa bronca y odio, emergentes de las humillaciones sufridas tanto en carne propia como en la de su familia. Era necesario que Matías confiara en un Otro -ni devorador como su madre, ni terrorífico como su abuelo- que le abriera un espacio para dar inicio a la elaboración de esos duelos en los que había quedado fijado su dolor. Sólo así, el horror ya no encontraría lugar. ■

BIBLIOGRAFÍA

- Abelleira, H., Delucca, N. (2004). "Acerca de la Familia". En H. Abelleira y N. Delucca, *Clínica Forense en Familias. Historización de una práctica* (45-64). Bs. As.: Lugar Editorial.
- Abelleira, H., Delucca, N. (2004). "Teorizando sobre el proceso de separación en la familia". En H. Abelleira y N. Delucca, *Clínica Forense en Familias. Historización de una práctica* (65-80). Bs. As.: Lugar Editorial.
- Faimberg, H. (2006). "A la escucha del telescopaje de las generaciones: Pertinencia psicoanalítica del concepto". En R. Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez & J. J. Baranes, *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones* (64-78). (1ra. Reimpresión). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En J.L. Etcheverry (trad.), Sigmund Freud Obras Completas (4ta. Reimpresión, Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu. (Original publicado 1915).
- Kaës, R., Faimberg, H., Enriquez, M., & Baranes, J.J. (2006). *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones*. (1ra. Reimpresión). Buenos Aires: Amorrortu.
- Tisseron, S., Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P., & Rouchy, J. C. (1997). *El psiquismo ante las pruebas de las generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.